

LA CUARTA CRUZADA (1204). UNA HERIDA ABIERTA *

José Marín R.

I

El verdadero cisma de la Cristiandad, debe ser comprendido, como Paul Lemerle¹ ya lo demostró, a partir de la Cuarta Cruzada (1204), acción que, entendida como una “guerra santa” por los latinos, resultaba no sólo del todo incomprensible para los bizantinos; además, les parecían las Cruzadas peligrosas y quiméricas, lo que se traducía en una indiferencia que irritaba a los cruzados². Desde una perspectiva más amplia deben considerarse las enormes diferencias históricas y culturales —más allá de los problemas eclesiásticos o dogmáticos— que ya se habían hecho manifiestas entre la Cristiandad Latina y la Griega, provocando roces y conflictos pero no rupturas de carácter permanente³. El cisma de Focio (867)

* El interés del presente escrito no es otro que llamar la atención una vez más sobre el significado histórico de la Cuarta Cruzada (1204) y su rol en la Historia de las Civilizaciones del Mediterráneo. Hemos incluido un apéndice documental cuyo objeto es acercar al lector, especialmente al estudiante, al problema reseñado.

¹ Lemerle, P., "L'Orthodoxie byzantine et l'occuménisme médiéval: les origines du "schisme" des Eglises", en: *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, Quatrième Série, 2, Paris, 1965, pp. 228-246, ahora en: Lemerle, P., *Essais sur le monde byzantin*, Variorum Reprints, 1980, London, passim. Véase, del mismo autor: "Byzance et la Croisade", en: *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, (Roma 4-11 settembre 1955), Vol. III, *Storia del Medioevo*, Florencia, 1955, pp. 13-24, ahora en: Lemerle, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, 1978, London, pp. 611 y ss., y, "Saint Louis et Byzance", en: *Journal Asiatique*, CCLVII, Paris, 1970, ahora en: Lemerle, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, op. cit., IX, p. 13. Una visión suscita en Marín, J., "Bizancio y la Civilización Cristiana Ortodoxa", en: *Bizancio, Arte y Espíritu*, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la U. de Chile, 1995, Santiago, pp. 72-73. Cf. Richard, J., *Histoire des Croisades*, Fayard, 1996, Paris, p. 262.

² v. Runciman, S., *La Caída de Constantinopla*, Trad. De V. Peral D., Espasa-calpe, 1973 (1965), Madrid, pp. 18 y s.

³ v. por ej. Frolow, A., *Recherches sur la Déviation de la IV^e Croisade vers Constantinople*, PUF, 1955, Paris, pp. 33 y s.

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

y el cisma de Miguel Cerulario (1054), marcan hitos de gran relevancia pero no llevaron al quiebre definitivo entre ambas cristiandades. En efecto, el verdadero *coup de grâce* a las relaciones entre Oriente y Occidente, llegaría junto con la Cuarta Cruzada que, en 1204 y desviada de su objetivo -Egipto-, llevó a los cruzados a tomar Constantinopla y, previo saqueo, instaurar un Imperio Latino que duraría cincuenta y siete años⁴. Tal actitud fue, para los bizantinos, incomprensible entre cristianos y, por tanto, una confirmación más del carácter bárbarico de los occidentales, quienes supuestamente actuaban con la anuencia del Papa Inocencio III (1198-1216), aun cuando éste sancionara, incluso con la excomunión, tan lamentable episodio.

Desde el siglo XIII Roma y Constantinopla representarán dos mundos irreconciliables: el resentimiento de los bizantinos y la indiferencia de Occidente frente a la angustia del Imperio amenazado por los turcos otomanos, harán infructuosos los intentos por unir ambas iglesias. A comienzos del siglo XV, en el Concilio de Florencia-Ferrara (1439), se intentó la unión, declarando superadas las diferencias; pero en Constantinopla la respuesta fue categórica: el Duque Lucas Notaras dijo que prefería el turbante musulmán a la tiara pontificia y, efectivamente, a pesar de los sufrimientos que acarreó la turcocracia, el Sultán de la Sublime Puerta permitió a la iglesia griega conservar su espíritu peculiar, cosa que Roma con toda probabilidad habría negado⁵. Fue el epílogo de un largo

⁴ Acerca de la IV Cruzada v.: Frolow, A., op. cit.; De Mundo Lo, S., *Cruzados en Bizancio*, Universidad de Buenos Aires, 1957, Buenos Aires; Egea, J., *La Crónica de Morea*, Ed. del CSIC, Col. Nueva Roma, 1996, Madrid; GILL, J., "Franks, Venetians and Pope Innocent III", en: *Studi veneziani*, III, 1970, ahora en: *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, Variorum Reprints, 1979, London; Godfrey, J., *1204. The Unholy Crusade*, Oxford University Press, 1980, Oxford; Patri, S., "La relation russe de la quatrième croisade", en: *Byzantion*, LVIII, 1988, 1; Queller, E.D., "Innocent III and the Crusader Venetian Treaty of 1201", en: *Medievalia et Humanistica*, XV, 1963, ahora en: *Medieval Diplomacy and the Fourth Crusade*, Variorum Reprints, 1980, London; Runciman, S., *Historia de las Cruzadas*, Trad. de G. Bleiberg, Alianza, 1994 (Cambridge, 1954), Madrid, vol. 3; Setton, K.M., *A History of the Crusades*, The University of Wisconsin Press, 1969, Madison and Milwaukee, Vol. II: *The Later Crusades: 1189-1311*, Cap. IV: Hussey, J., "Byzantium and the Crusades, 1081-1204", y, Cap. V: McNeal et al., "The Fourth Crusade"; Pears, E., *The Fall of Constantinople*, Darf Publish. Ltd., 1987 (1885), London; Norwich, *Byzantium, The Decline and Fall*, Viking, 1995, London; Bradford, E., *The great betrayal. Constantinople 1204*, Hodder and Stoughton, 1967, London. Más recientemente: Bartlett, W.B., *An Ungodly War. The Sack of Constantinople and the Fourth Crusade*, Sutton Publishing, 2000, Gloucestershire.

⁵ v. Vacalópoulos, A., *Historia de la Grecia Moderna*, Trad. de N. Nikolaidis y A. Zorbas, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la U. de Chile, 1995, Santiago, pp. 36 y ss. Acerca de la "cercanía" de Bizancio con el Islam en las etapas finales del Imperio, v. el

proceso en el cual no faltaron los serios intentos, de una y otra parte, por unir ambas cristiandades⁶. Aún hoy, en la Cristiandad Ortodoxa, resuenan los ecos de las Cruzadas, como un recuerdo que perturba las relaciones con el Cristianismo Latino Occidental. "Según el helenista Jacques Lacarrière, ser griego hoy día es ser ortodoxo ya que la ortodoxia, en tiempos de crisis sobre todo, se convierte en 'el punto de convergencia absoluto' y agrega, 'algunos griegos que conozco no se han repuesto jamás de la caída de Constantinopla'"⁷.

II

El desencuentro entre el mundo latino y el bizantino no se reduce al tema de la "guerra santa", cuyo punto culminante y dramático fue la Cuarta Cruzada, sino que tiene raíces más profundas. Entre el año 1095 y el año 1204, cuando las Cruzadas pusieron en contacto directo por primera vez a ambos mundos, las diferencias fueron poco a poco agudizándose, hasta llegar al colapso final con la instauración del Imperio Latino de Constantinopla. Para los bizantinos era prácticamente algo esperado, puesto que desde un comienzo dudaron de los fines reales de los cruzados, como bien señala tempranamente Ana Comneno⁸. Para los occidentales, era terminar con un gravoso problema, el imperio oriental, que entrababa sus planes en el Cercano Oriente. Los cronistas de la época no escatimaron palabras para expresar su admiración por la ciudad que Villehardouin llamó "reina de las ciudades"⁹. Era notorio el

artículo inédito de P. Bádenas de la Peña (CSIC, Madrid), "La percepción del Islam en Bizancio durante el siglo XIV", que el autor nos ha facilitado gentilmente.

⁶ v. Gill, J., "Eleven emperors of Byzantium Seek Union with the Church of Rome", en: *Eastern Churches Review*, IX, 1977, ahora en: *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, Variorum Reprints, 1979, London,

⁷ Interview en *Le Vif-Express*, Bruxelles, 2.7.1999, p. 32, cit. en: Khader, B., "La religión como factor geopolítico en el espacio Mediterráneo" (Trad. de A. y V. Méndez), Conferencia al Centre Associat de la Uned de Terrasa, dins el marc de la Universitat d'Estiu 12.7.2000 [www.uned-terrassa.es/agenda/conferencia/bichara.htm]

⁸ Ana Comneno, *La Alexiada*, Trad. de E. Díaz Rolando, Editorial Universidad de Sevilla, 1989, Sevilla, X, VI, 7, p. 411: "...como seres muy pérfidos, por ejemplo Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una posibilidad de provecho".

⁹ Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, Ed. de E. Faral, Les Belles Lettres, 5^{ème} Tirage, Les Belles Lettres, 1973, Paris, 128, pp. 130-131: "Or vous pouvez savoir que ceux-là regardèrent beaucoup Constantinople qui ne l'avaient jamais vue; car ils ne pouvaient pas penser qu'il pût être en tout le monde aussi puissante ville, quand ils virent ces hautes murailles et ces puissantes tours, dont elle était close tout autour à la ronde, et ces superbes

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

contraste, que los cronistas bizantinos hicieron notar, con los rudos caballeros occidentales, cuyas diversiones consistían en la caza y la guerra, y que poco entendían de refinamiento y protocolo. Para los bizantinos no eran sino bárbaros despreciables (*keltói*, los llama Ana Comneno, esto es: celtas), que amenazaban con querer apoderarse de la Ciudad¹⁰; los occidentales, por su parte, sentían su orgullo herido por el desprecio¹¹. “Así –anota Diehl– desde el primer contacto, Latinos y Griegos se miraron con desconfianza, y el antagonismo fundamental que separaba las dos civilizaciones, se hizo manifiesto en sospechas mutuas, continuas dificultades, incesantes conflictos, acusaciones recíprocas de violencia y traición”¹². Es cierto que los barones latinos demostraron pronto que su empresa abrigaba intenciones demasiado mundanas, tal como los bizantinos sospechaban, pero también es verdad que el emperador Alejo, a pesar de toda la paciencia demostrada, intentó utilizar a los cruzados como peones de su ejército. Esto explica los epítetos vertidos en relación a su persona en la *Historia Anónima de la Primera Cruzada: iniquus imperator, infelix imperator*¹³.

La exacerbación de los sentimientos mutuos de hostilidad tuvo su culminación en la ya referida desviación de la Cuarta Cruzada, la que, por no contar con la bendición del Papa Inocencio III¹⁴, no podría considerarse como una “guerra santa”. Aún más, esta desafortunada Cruzada aparecerá sólo como una expedición de carácter militar cuyo fin es el dominio político y económico del Imperio. No es que los motivos religiosos ya no estuviesen presentes; sin embargo, se estaban disociando las dos sociedades que conviven en la Cruzada, peregrinos y *milites*, por cuanto estos últimos, los caballeros, ya no luchan solamente por los primeros, que sí conservan un ideal religioso, sino por intereses propios y mundanos. Éstos, que son legítimos en último término, habían sido siempre aceptados, pero considerados totalmente secundarios respecto del fin religioso; a comienzos del siglo XIII, tales intereses se habían

àlis, et ces hautes églises, dont il y avait tantque nul ne l'eût pu croire s'il ne le eût vu de ses yeux, et la longueur et la largeur de la ville, qui sur toutes les autres était souveraine”.

¹⁰ v. Lilie, R., *Byzantium and the Crusader States 1096-1204*, Transl by J. C. Morris and J. E. Ridings, Oxford U. Press, 1998 (1981), Oxford, p. 5.

¹¹ v. *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford U. Press, 1991, Oxford., vol. 1, p. 559. Véase el capítulo V de: Walter, G., *La vie quotidienne à Byzance au siècle des Comnènes*, Hachette, 1966, Paris, pp. 155 y ss.

¹² Diehl, Ch., *Figures...*, Armand Colin, 10^{ème} Ed., 1948, Paris, p. 4.

¹³ *Histoire Anonyme de la Première Croisade*, Editée et Traduite par L. Bréhier, "Les Classiques de l'Histoire de France au Moyen Age", Les Belles Lettres, 1964, Paris, I, 3; II, 5, pp. 15, 17, 25.

¹⁴ Gill, "Franks, Venetians and Pope Innocent III", art.cit., p. 104.

transformado en las verdaderas motivaciones, al menos de los dirigentes de la Cruzada. Inocencio III, tristemente célebre por estos acontecimientos, en realidad condenó la acción de los cruzados, tanto en Zara como en Constantinopla, por lo cual, como ha señalado Gill¹⁵, atribuir a este Papa el destino de la IV Cruzada es una injusticia para con su reputación. No obstante, es preciso señalar que el Papa, una vez consumados la toma y saqueo de Constantinopla, como apunta la historiadora argentina Sara de Mundo Lo¹⁶, “alabó al Señor que milagro tan grande se había dignado operar”¹⁷, puesto que, entre otros motivos, no se debe olvidar que la Cruzada contemplaba la existencia de una Iglesia Católica Universal, con centro en Roma. En carta dirigida a los eclesiásticos de Constantinopla, y fechada el 13 de noviembre de 1204, Inocencio III señalaba que Dios “ha transferido el Imperio de Constantinopla del orgulloso al humilde, del desobediente al devoto, del cismático al católico, esto es, de los griegos a los latinos... la recta mano del Señor ha dado hechos de valor para exaltar la Santa Iglesia Romana, como haciendo regresar la hija a la madre, la parte al todo, y el miembro a la cabeza”¹⁸. Siendo justos, hay que reconocer que el Papa no podía obrar de otra manera, es decir, después de condenar a los cruzados, perdonarlos y aceptar los hechos consumados.

Como sea, la IV Cruzada aceleró irremediamente el proceso de desintegración del Imperio Bizantino¹⁹. Al mismo tiempo, dado el traumatismo causado por el comportamiento de los cruzados y la frustración griega, nació un nuevo “patriotismo bizantino”, marcado por el odio antilatino y los sueños de restauración del Imperio.

¹⁵ Ibid., pp. 105 y s.

¹⁶ De Mundo Lo, S., *Cruzados en...*, p. 140. Tb. Runciman, S., *Historia de las...*, op. cit., p. 127.

¹⁷ Innocentius III, *Regesta sive Epistolae*, VII, 153, en: Migne, Pl, vol. 215, col. 454

¹⁸ "...Constantinopolitanum imperium a superbis ad humiles, ab inobedientibus ad devotos, a schismaticis ad Catholicos, a Graecis videlicet transtulit ad Latinos... Haec est profecto dexteræ Excelsi mutatio, in qua dextera Domini fecit virtutem, ut sacrosanctam Romanam Ecclesiam exaltaret, dum filiam reducit ad matrem, patrem ad totum, et membrum ad caput." Innocentius III, *Regesta sive Epistolae*, VII, 154, en: Migne, Pl, vol. 215, col. 456. Véase GILL, J., "Innocent III and the Greeks: Aggressor or Apostle?", en: *Relatios between East and West in the Middle Ages*, ed. D. Baker, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1973, ahora en: Gill, J., *Church Union: Rome and Byzantium (1204-1453)*, op. cit., II, p. 100

¹⁹ Jacoby, D., "The encounter of two societies: Western Conquerors and Byzantines in the Peloponnesus after the Fourth Crusade", en: *The American Historical Review*, 78, 1973, ahora en: *Recherches sur la Méditerranée Orientales du XII^e au XV^e siècle*, Variorum reprints, 1979, London, p. 874.

III. DOCUMENTOS

1. LA ALEXÍADA DE ANA COMNENO Y LA PRIMERA CRUZADA²⁰

Libro X

V. Inicio de la Primera Cruzada. Proclama de Pedro el Ermitaño a occidente.

1. Después de haberse repuesto un poco de sus grandes fatigas y a raíz de unos informes sobre las correrías y los despiadados pillajes que los turcos estaban haciendo por el interior de Bitinia, aprovechando los problemas surgidos en occidente que habían absorbido la atención del soberano en esta parte del imperio y que lo habían entretenido más en éstos territorios que en aquéllos (dedicaba sus esfuerzos a lo más urgente), elaboró un proyecto grandioso y digno de su persona, pensado para reforzar Bitinia y protegerse de las incursiones de los turcos gracias a las medidas que expondremos a continuación, ya que merece la pena contar en qué consistían aquellas medidas.

2. El río Sangaris y la costa que se extiende en línea recta hasta la aldea de Quele y la que se repliega hacia el norte encierran un extenso país dentro de los límites que forman. Pues bien, los hijos de Ismael, que desde siempre hemos tenido como pérfidos vecinos, a causa de la enorme carencia de defensores que sufría devastaban fácilmente este país, pasando por la región de los mariandenos y por la de los que viven al otro lado del río Sangaris, que solían cruzar para acosar Nicomedia. Mientras el emperador intentaba reprimir el empuje de los bárbaros y fortificaba sobre todo Nicomedia contra las incursiones al interior de su región, observó un extenso foso que se encontraba más abajo del lago Baanes y cuyo curso él siguió hasta el final; por su configuración y su posición concluyó que este accidente no era un producto espontáneo de la tierra y que no había sido excavado de modo natural, sino que era obra del hombre. Gracias a sus indagaciones junto a algunas personas acabó sabiendo que esa zanja había sido cavada por orden de Anastasio Dícuro, aunque esas personas no podían explicar su finalidad; el soberano Alejo, por su parte, opinaba que aquel soberano había proyectado

²⁰ Ana Comnena, *La Alexiada*, X, V, 1-10; X, VI, 1-7; X, VIII, 7-8; X, X, 6; XIV, 5-7, Trad. de E. Díaz Rolando, Editorial Universidad de Sevilla, 1989, Sevilla, pp. 404-409, 409-412, 416-417, 426, 563-565, respectivamente

trasvasar agua del lago a ese canal artificial. Pues bien, con el mismo propósito el soberano Alejo ordenó cavar el foso a gran profundidad.

3. Temiendo que las aguas no fueran vadeables en el punto de enlace de las corrientes, erigió una poderosa fortaleza, segura e inexpugnable en toda su extensión tanto por el agua como por la altura y grosor de sus murallas; ésta fue la causa de que se la llamara Sidera. Aún hoy ese férreo baluarte es una plaza fuerte delante de una plaza fuerte y una muralla delante de una muralla. El soberano en persona inspeccionaba la construcción de la fortaleza desde la mañana a la noche y, aunque hacia mucho calor por estar en plena estación estival, soportaba polvo y ardores. Invirtió gran cantidad de fondos para que de allí surgiera una muralla poderosa e inexpugnable, recompensando generosamente a cada uno de los que acarrearán piedras, ya fueran cincuenta o cien. A partir de ese momento, no sólo los que a la sazón se encontraban en el sitio de las obras, sino todo soldado o sirviente, lugareño u oriundo de otro país, se movilizaba para acarrear dichas piedras al ver los generosos salarios y al emperador mismo presidiendo la marcha de los trabajos como si fueran unos juegos. Gracias a este recurso afluyó mucha gente y el acarreo de aquellas enormes piedras podía hacer con mayor rapidez. Así era él, un ser capaz de las más profundas reflexiones y de las más grandiosas acciones.

4. En suma, los hechos que el soberano protagonizó hasta la (...) indicción del año (...) se habían desarrollado como hemos descrito; pero aún no había tenido tiempo de descansar un poco, cuando oyó rumores acerca de la llegada de innumerables ejércitos francos. Como es natural, temía su aparición porque conocía su incontenible ímpetu, su inestable y voluble temperamento y todos los demás aspectos que posee de forma permanente el carácter de los celtas tanto en sus simples rasgos como las consecuencias del mismo; igualmente sabía cómo, paralizados por el brillo del dinero, siempre rompían los tratados sin reservas de ningún tipo y abiertamente, argumentando el primer motivo que les viniera en gana. Y efectivamente, siempre había tenido ocasión de comprobar los rumores sobre esta conducta. Pero no se dejó abatir y se preparaba con todo empeño para estar listo en el momento en que fuera preciso pelear. Ahora bien la realidad resultó más aterradora incluso que los rumores que se difundían. Todo el occidente, la raza de los bárbaros al completo, que habita las tierras comprendidas desde la otra orilla del Adriático hasta las columnas de Hércules, toda en una masa compacta, se movilizaba hacia Asia a través de toda Europa y marchaba haciendo la ruta con todos sus enseres. Aproximadamente, las causas de tan enorme movimiento de masas fueron las siguientes.

5. Un celta de nombre Pedro y de apodo Pedro de la Cogulla tras haber sufrido en su peregrinación hacia el Santo Sepulcro muchas calamidades por culpa de los turcos y sarracenos que devastaban toda el Asia, a duras penas logró regresar a su casa. Pero no encajaba el hecho de haber fracasado en sus planes y quería volver a emprender el mismo camino. Como era consciente de que en esta ocasión no debía ponerse a caminar en solitario hacia el Santo Sepulcro, concibió un astuto plan para evitar posibles desgracias. Éste consistía en lanzar la siguiente proclama por todos los países latinos: “Una voz divina me ordena anunciar a todos los condes de Francia que deben abandonar sin excepción sus hogares y partir para venerar el Santo Sepulcro, así como dedicar todas sus fuerzas y pensamientos a rescatar Jerusalén del poder de los agarenos.”

6. A pesar de todo tuvo éxito. Como si hubiera grabado un oráculo divino en el corazón de todos los hombres, consiguió que los celtas, desde lugares distintos sin importar cuáles fueran, se congregaran con armas, caballos y demás impedimento de guerra. Tanto ánimo e ímpetu tenían, que todos los caminos vieron su presencia; acompañaba a aquellos guerreros celtas una muchedumbre de gente desarmada que superaba en número a los granos de arena y a las estrellas, llevando palmas y cruces en sus hombros, mujeres y niños que habían partido de sus respectivos países. Pudo verse entonces cómo, igual que ríos que confluyen de todas partes, avanzaban masivamente hacia nuestros territorios a través del país de los dacios.

7. Precedió a la llegada de tan numerosos ejércitos una plaga de langosta que respetaba el trigo, pero devoraba sin compasión los viñedos. Esto era signo, como los adivinos de entonces profetizaban, de que los ataques de tan gran ejército celta se apartarían de objetivos cristianos y se dedicarían con celo a combatir contra los bárbaros ismaelitas, que están esclavizados por la ebriedad, el vino y Dioniso. Esta raza, en efecto, es seguidora de los cultos de Dioniso y del dios Amor, está sumida en la práctica de toda clase de promiscuidad, de modo que, si bien su carne está circuncidada, no lo están sus pasiones y no es más que esclava y mil veces esclava de las perversiones de Afrodita. Es por esto por lo que ellos adoran y veneran a Astarté y Astarot y estiman muchísimo la imagen de ese astro junto con la imagen dorada de Cobar. Precisamente, el trigo era símbolo del cristianismo en esa profecía por su sobriedad y su gran valor alimenticio. Ésta fue, pues, la interpretación dada por los adivinos a los viñedos y al trigo.

8. Dejemos en este punto las cuestiones relacionadas con la adivinación; el hecho de que la llegada de los bárbaros viniera acompañada de estos signos provocaba, al menos en las personas inteligentes, ciertas extrañas

sospechas. La venida de tan gran cantidad de gente no se producía de manera uniforme ni en el mismo instante (¿cómo hubiera sido posible que tan numerosa muchedumbre procedente de diferentes lugares, atravesara en masa el estrecho de Longibardía?); hubo una primera travesía, luego una segunda a la que siguió otra más hasta que, una vez la hubieron hecho todos, emprendieron camino por tierra firme. Como hemos dicho, a cada uno de sus ejércitos lo precedía una inmensa plaga de langosta. Todos, pues, cuando pudieron observarla varias veces, llegaron a la conclusión de que anunciaba la llegada de los batallones francos.

9. Ya en el momento en que algunos empezaban a atravesar aisladamente el estrecho de Longibardía, el soberano hizo llamar a determinados jefes de las fuerzas romanas y los envió a la zona de Dirraquio y de Aulón con orden de recibir amablemente a los que hiciesen la travesía y darles abundantes provisiones sacadas de todas las regiones que hay en el camino hacia aquellos lugares; luego, tenían órdenes de no perderlos de vista y de emboscarse para alejarlos con breves escaramuzas, cuando vieran que realizaban incursiones y correrías para forrajear por las regiones vecinas. Los acompañaban también algunos intérpretes del idioma latino a fin de evitar los enfrentamientos que pudieran surgir entre tanto.

10. Pero, para dar más detalles y profundizar en este episodio añadiré que, cuando se expandió por todo el mundo el rumor de aquella convocatoria, el primero que vendió sus propiedades y se puso en camino fue Godofredo. Este hombre era adinerado y presumía grandemente de su valor, valentía e ilustre linaje; y, en efecto, cada uno de los celtas se afanaba en adelantarse al resto. Fue aquél un movimiento de masas como nunca nadie recuerda: había tanto hombres y mujeres con la sincera idea de correr a postrarse ante el Santo Sepulcro del Señor y contemplar los sagrados lugares, como seres muy pérfidos, por ejemplo Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una cierta posibilidad de provecho. Bohemundo, en concreto, turbaba las almas de muchos y muy valientes caballeros a causa del antiguo rencor que le guardaba al soberano. Así pues, tras su proclama Pedro se adelantó a todos, atravesó el estrecho de Longibardía con ochenta mil jinetes y llegó a la capital a través de las tierras de Hungría. Como puede adivinarse, la raza de los celtas tiene además un temperamento muy ardiente e inquieto y es incontenible cuando se lanza a alguna empresa.

VI. Derrota del primer contingente de cruzados cerca de Nicea.

1. Como el emperador conocía los sufrimientos que había padecido Pedro en su primer viaje a causa de los turcos, le aconsejó que aguardase la llegada del resto de los condes; pero no logró convencerlo, ya que confiaba en el número de quienes lo acompañaban en aquel momento. Atravesó, pues, el estrecho y una vez en la otra orilla, fijó su campamento en una ciudadela llamada Helenópolis. Los diez mil normandos que lo seguían se separaron del resto de la expedición y se dedicaron a devastar los alrededores de Nicea, dando muestras de extrema crueldad con todo el mundo. De los recién nacidos, a unos los descuartizaban, a otros los empalaban y los quemaban al fuego y atormentaban con toda clase de mortificaciones a los adultos.

2. Sus habitantes, al percatarse de lo que estaba pasando, abrieron las puertas e hicieron una salida en contra de ellos. Tras un violento combate, retrocedieron hasta meterse dentro de la plaza derrotados por la decidida manera de combatir que mostraban los normandos; de este modo, una vez hubieron recogido todo el botín, volvieron de nuevo a Helenópolis. Como suele suceder en semejantes circunstancias, se produjo una disputa entre ellos y quienes no los habían acompañado en sus correrías a causa de la envidia que corroía a los que se habían quedado; tras un enfrentamiento, los osados normandos se separaron de nuevo, llegaron a Jerigordo y se apoderaron de ella al primer asalto.

3. Cuando se enteró de lo ocurrido, el sultán envió contra ellos a Elcanes en unión de numerosas fuerzas. Tras llegar a Jerigordo, la tomó y de los normandos, a unos los hizo víctimas de la espada y a otros se los llevó prisioneros; mientras, planeaba acciones contra los que estaban junto a Pedro de la Cogulla. Preparó emboscadas en lugares apropiados, para poder sorprenderlos por el camino hacia Nicea y matarlos; como conocía la codicia de los celtas, mandó buscar a dos hombres de carácter arrojado y les ordenó que se dirigieran al ejército de Pedro de la Cogulla, para darle a conocer que los normandos habían ocupado Nicea y estaban haciendo el reparto de las riquezas que había en ella.

4. Esta noticia intranquilizó tremendamente a los que acompañaban a Pedro. Pero tan pronto como oyeron hablar de reparto y de riquezas, se pusieron desordenadamente en camino hacia Nicea, olvidando no sólo sus conocimientos militares, sino incluso la formación correcta que conviene guardar cuando se parte a la batalla. Como hemos dicho anteriormente, la raza de los latinos es asimismo muy codiciosa y cuando ha resuelto atacar un país,

es imposible contener su invasión a causa de su desenfreno. En su avance carente de orden y formación, vinieron a caer en manos de los turcos que estaban emboscados en el Dracón y fueron masacrados miserablemente. Tan grande fue la muchedumbre de celtas y normandos que cayó víctima de la espada de los ismaelitas, que cuando se reunieron los despojos existentes por doquier de los hombres muertos, hicieron no digo ya un enorme collado, ni un montículo, ni una colina; sino una especie de montaña elevada que tenía una longitud y extensión considerables: tan voluminoso fue el amontonamiento de huesos. Posteriormente, algunos bárbaros del linaje de los masacrados, al edificar unas fortificaciones aparentemente semejantes a las de una ciudad, colocaron los huesos de los que habían caído intercalados como argamasa, haciendo que la ciudad les sirviera de algo parecido a una tumba. Aún hoy día sigue en pie esa ciudad, cuyas fortificaciones fueron erigidas con piedras y huesos mezclados entre sí.

5. En consecuencia, como todos habían caído bajo la espada, sólo Pedro en unión de unos pocos regresó y se introdujo de nuevo en Helenópolis. En cuanto a los turcos, le estuvieron tendiendo emboscadas nuevamente para capturarlo. El soberano, al oír todas estas noticias y confirmarse tan gran matanza, se indignaba al pensar que Pedro pudiera ser capturado. Mandó buscar enseguida a Constantino Euforbene Catacalon, de quien ya hemos hablado en muchas ocasiones, embarcó bastantes fuerzas en naves de guerra y lo envió por mar en su auxilio. Los turcos, al observar su llegada, se dieron a la fuga. Él, sin perder un instante, rescató a Pedro y a sus acompañantes, que eran contados, y logró ponerlos a salvo junto al emperador.

6. Durante la entrevista en la que el emperador le recordó la imprudencia que había demostrado tener desde el primer momento y cómo por hacer caso omiso de sus recomendaciones se había sumido en tan horrendas calamidades, él, como altivo latino que era, no reconoció su propia culpabilidad en tan enormes desgracias y se la achacaba a aquellos que no lo habían obedecido, sino que habían seguido sólo sus particulares deseos, y los calificaba de piratas y ladrones; por todo ello afirmaba que Nuestro Salvador no había permitido que pudieran presentarse a venerar el Santo Sepulcro.

7. En conclusión, los latinos que como Bohemundo y sus secuaces ambicionaban desde hacía tiempo gobernar el imperio de los romanos y querían apropiárselo, como hemos dicho, hallaron una excusa en la proclama de Pedro para provocar tan inmensa movilización y engañar a las personas más puras; mientras, vendieron sus tierras con el pretexto de que partían contra los turcos para liberar el Santo Sepulcro.

VIII. Hazañas de Mariano Maurocatalón.

7. (...) Un sacerdote latino, que estaba junto a otros doce compañeros de armas del conde y que se hallaba a proa, al ver estos hechos disparó numerosos dardos contra Mariano. Pero tampoco así cedía Mariano y mientras combatía, exhortaba a hacer lo mismo a los que estaban a su mando, de modo que en tres ocasiones hubo que relevar a los hombres heridos y agotados que rodeaban al sacerdote latino. En cuanto al sacerdote, aunque había recibido muchos impactos y estaba empapado en su propia sangre, aguantaba a pie firme.

8. No hay coincidencia de opiniones sobre la cuestión de los clérigos entre nosotros y los latinos; a nosotros se nos prescribe por los cánones, las leyes y el dogma evangélico: 'No toques, no murmures, no ataques; pues estás consagrado'. El bárbaro latino, sin embargo, lo mismo manejará los objetos divinos que se colocará un escudo a la izquierda y aferrará en la derecha la lanza, y de igual modo comulga con el cuerpo y la sangre divinos que contempla matanzas y se convierte en un ser sanguinario, como dice el salmo de David. Así, esta bárbara especie no son menos sacerdotes que guerreros. Pues bien, aquel combatiente, mejor que sacerdote, lo mismo se vestía con la estola sacerdotal que manejaba el remo o se dedicaba a combatir en batallas navales, luchando con el mar y con los hombres simultáneamente. En cambio, como acabo de decir, nuestro modo de vida se remonta a Aarón, a Moisés y a nuestro primer pontífice.

X. Llegada del conde Raúl y de los demás condes

6. Después de que todos los condes comparecieran, incluido Godofredo, y prestaran juramento, uno de aquellos nobles tuvo la osadía de sentarse en el trono del emperador. El emperador soportó esta injuria sin decir una palabra porque hacía tiempo que conocía el temperamento altivo de los latinos. El conde Balduino se le acercó, lo tomó de la mano, lo levantó de allí y le recriminó su actitud en estos términos: "No deberías haber hecho eso, ya que has prometido ser vasallo del emperador. Tampoco es costumbre de los emperadores romanos el compartir su trono con los que les son inferiores en rango; los que por su juramento se han convertido en vasallos de Su Majestad deben observar las costumbres de su país." El otro no respondió nada a Balduino y fijando su penetrante mirada en el emperador, se dijo a sí mismo en su propio idioma: "Mirad cómo un campesino es el único que está sentado, mientras a su lado están en pie tan magníficos caudillos."

7. El emperador reparó en el movimiento de los labios del latino y llamando a un intérprete, le preguntó sobre lo que había dicho. Cuando hubo oído la frase de aquél, prefirió no dirigirse al latino por el momento y reservó para sí sus reflexiones. Cuando todos se despedían del emperador, hizo venir a aquel soberbio y desvergonzado latino y le preguntó quién era, de donde procedía y a qué linaje pertenecía. Él le respondió: “Soy un franco de pura raza, de una familia noble; y una cosa sé, que en un cruce del país de donde procedo existe un antiguo santuario, al que se acerca todo el que esté dispuesto a enfrentarse en un combate singular y tras plantarse allí como un solitario combatiente, solicita ayuda a Dios desde las alturas y espera con tranquilidad al adversario que se atreva a contender con él. En dicho cruce pasé yo mucho tiempo inactivo, buscando a alguien que luchara conmigo; pero en ninguna parte había un hombre que se atreviera a ello”. Cuando hubo oído estas palabras, el emperador le dijo: “Si buscando entonces el combate no lo hallaste, te ha llegado el momento de hartarte con innumerables combates; te recomiendo que no te coloques ni en la retaguardia, ni en la vanguardia de la falange: pues hace mucho tiempo que conozco el método de combate de los turcos.” No sólo le daba a él estos consejos, sino también a todos los demás y les adelantaba todos los problemas que iban a encontrar en su camino; asimismo les recomendaba que no se obstinaran en perseguir a los turcos hasta el final, cuando Dios les concediera la victoria contra los bárbaros, para no caer muertos en medio de sus emboscadas.

Libro XIV

IV. Enfermedades del emperador y sus causas.

5. Al amanecer, nada más salir el sol por el horizonte del oriente, se sentaba en el trono imperial ordenando diariamente a todos los celtas que entraran sin reservas, para que le comunicasen sus peticiones y, al mismo tiempo, para intentar ganárselos mediante todo tipo de razones. Los condes celtas, que eran por naturaleza desvergonzados, atrevidos y codiciosos y que hacían gala de una intemperancia y una prolijidad por encima de toda raza humana en lo relativo a sus deseos, no se comportaban con decoro en su visita al soberano, sino que en su recepción a todos debía soportar, a éste, al otro y a continuación a aquél y al de más allá. Una vez dentro los celtas, no se ceñían al tiempo marcado por la clepsidra, como una vez fuera deseo de los oradores, sino que cada uno, quien quiera que fuese el que hacía aparición y deseara conversar con el soberano, tenía tanto tiempo como quería. Estos, pues, eran tan inmoderados en su conducta y respetaban tan poco al soberano que no se

preocupaban del paso de su turno ni temían la indignación de quienes los estaban mirando ni procuraban un hueco en la audiencia a los que venían detrás, reiterando sin contención sus palabras y sus peticiones. Su charlatanería y la insolencia y mezquindad de sus expresiones las conocen todos cuantos se interesan en investigar las costumbres de los hombres. A los entonces presentes la experiencia se lo mostró con mayor exactitud.

6. Cuando caía la tarde, después de haber permanecido sin comer durante todo el día, se levantaba del trono para dirigirse a la cámara imperial; pero tampoco en esta ocasión se libraba de la molestia que suponían los celtas. Uno tras otro iban llegando, no sólo aquellos que se habían visto privados de la diaria recepción, sino incluso los que retornaban de nuevo, y mientras exponían tales y cuales peticiones, él permanecía en pie, soportando tan gran charlatanería y rodeado por los celtas. Era digno de verse cómo una y la misma persona expertamente daba réplica a las objeciones de todos. Mas no tenía fin su palabrería impertinente. Cuando alguno de los funcionarios intentaba interrumpirlos, era interrumpido por el emperador. Pues conociendo el natural irascible de los francos, temía que con un pretexto nimio se encendiera la gran antorcha de una revuelta y se infligiera entonces un grave perjuicio al imperio de los romanos.

7. Realmente, era un fenómeno completamente insólito. Como una sólida estatua que estuviera trabajada en bronce o en hierro templado con agua fría, así se mantenía durante toda la noche desde la tarde, frecuentemente hasta la media noche y con frecuencia también hasta el tercer canto del gallo y alguna vez hasta casi el total resplandor de los rayos del sol. Todos, agotados, generalmente se retiraban, descansaban y volvían a presentarse enfadados. Por ello ninguno de sus asistentes podía soportar tan prolongada situación sin reposo y todos cambiaban de postura alternativamente: el uno se sentaba, el otro doblaba la cabeza para reclinarla en algún lado, otro se apoyaba en la pared, sólo el emperador se mantenía firme ante tan grandes fatigas. ¿Qué palabras podrían estar a la altura de aquella resistencia a la fatiga? Las entrevistas eran infinitas, cada uno hablaba por extenso y chillaba desmesuradamente, como dice Homero (*Il. II*, 212); cuando uno cambiaba de lugar era para cederle a otro la oportunidad de parlotear y éste mandaba buscar a otro y, a su vez, éste a otro, Y mientras ellos sólo debían permanecer en pie durante el momento de la entrevista, el emperador conservaba su postura inmutable hasta el primer o segundo canto del gallo. Y tras descansar un poco, salido de nuevo el sol, se sentaba en el trono y volvía a encajar nuevas fatigas y redobladas contiendas que prolongaban aquéllas de la noche.

2. DESTRUCCIÓN DE CONSTANTINOPLA²¹

En el año 1202 de la encarnación del Señor, siendo jefe de la Iglesia Romana nuestro señor Inocencio, mientras Felipe y Otón combatían por el Imperio Romano, el cardenal maestro Pedro cruzó los Alpes hacia Borgoña, Champaña, Francia y Flandes donde predicó la cruzada. Con su mandato también el maestro Fulco, varón de santa reputación, recorrió predicando las regiones vecinas. Muchos de los fieles tomaron la cruz; entre ellos éstos son los principales: el obispo de Soissons, el obispo de Troyes, el abad de Vaux de Cernay, el abad de Loos y otros cinco abades de la orden Cisterciense; el conde de Champagna, el conde de Saint-Pol, el conde de Blois, el conde de Flandes y sus dos hermanos, los obispos alemanes de Basilea y de Halberstadt, el abad de Pairis, el conde Bertoldo y una gran multitud tanto de clérigos como de laicos y de monjes. El conde de Champaña, cuando ya había dispuesto todo lo necesario para emprender la marcha, murió; su dinero y todo lo que él había alistado para su viaje lo recibió el marqués, quien juró que lo que aquél había prometido él mismo habría de ejecutar; por lo cual fue elegido al instante jefe del ejército. El conde de Perche antes de iniciar la marcha, pereció; su cruz la recibió su hermano el señor Esteban. También el maestro Fulco cuando estuvo preparado, murió; sus inmensos bienes los recibieron el señor Odo de Champaña y el castellano de Coucy con la autorización del rey de Francia y sabiendo que deberían ser destinados a la obra de este sacro ejército. Así, cuando este ejército proveniente de distintas partes del mundo se concentró en Longobardia, los longobardos, celebrado un consejo, promulgaron un edicto [que ordenaba] que ningún cruzado fuera hospedado más de una noche y que no se les vendieran víveres, y los persiguieron de ciudad en ciudad. También el señor Papa había previsto que el cruce se hiciera por Venecia. Cuando llegaron allí, del mismo modo fueron expulsados de las casas de la ciudad e instalados en la isla de San Nicolás. Una vez establecidas allí las tiendas de campaña aguardaron el cruce desde las Kalendas de junio hasta las Kalendas de octubre. Un sextario de trigo se vendía a cincuenta sólidos. Los venecianos, siempre que les placía, ordenaban que nadie permitiera salir a ningún cruzado de la isla antes mencionada y por todos los medios los trataban casi como a prisioneros. Entonces estalló un

²¹ "Devastatio Constantinopolitana", Introducción, traducción y notas por M.A.C. de Muschietti y B.S. Díaz Pereyra, en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, N° 15, 1970, Buenos Aires, pp.171-200, texto de la crónica en pp. 185-199.

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

gran temor en el pueblo por lo cual muchos regresaron a la patria, muchos corrieron hasta la Apulia hacia otros puertos y atravesaron el mar; una mínima parte permaneció allí, entre los cuales se produjo una mortandad tan sorprendente de manera tal que los muertos apenas podían ser sepultados por los vivos.

En la festividad de Santa María Magdalena el señor cardenal Pedro llegó a Venecia y confortó de modo admirable a todos los cruzados con la exhortación de su prédica; con cartas suyas envió de regreso a su patria a los débiles, a los pobres, y a las mujeres y a todas las personas enfermas. Hecho esto él mismo se retiró y regresó a Roma. En el día de la Asunción de Santa María llegó al ejército el marqués y fue confirmado como conductor del mismo. Todos los barones le juraron a los venecianos que ellos los ayudarían durante un año. Entretanto se dispusieron y equiparon las naves. Eran cuarenta naves, sesenta y dos galeas, cien hipagogas. Comenzaron a marchar en las Kalendas de octubre. Cuando salieron del puerto naufragó la nave Viola del señor Esteban de Perche. Los venecianos con los cruzados dirigiéndose hacia el norte por el mar llegaron a Istria, obligaron a rendirse a Trieste y a Muggia, y forzaron a pagar tributo a toda Istria, Dalmacia y Eslavonia. Navegaron hacia Jadra donde expiró el pacto. En la festividad de San Martín entraron al puerto de Jadra, la sitiaron desde todas partes, tanto por tierra como por mar. erigieron más de ciento cincuenta máquinas y catapultas y escalas y torres de madera y numerosos instrumentos bélicos; también socavaron el muro. Visto esto los habitantes de Jadra entregaron la ciudad el día quince, así como también pusieron en posesión de los venecianos todos sus bienes con tal de salvar sus personas. El dux retuvo para sí y los suyos la mitad de la ciudad, la otra mitad la dio a los cruzados. Saquearon la villa sin misericordia. Al tercer día de haber entrado en Jadra surgió un conflicto entre los venecianos y los cruzados, en el cual perecieron cerca de cien hombres. Los barones retuvieron para sí las riquezas de la ciudad, nada dieron a los pobres, que padecieron mucha privación y hambre. Como mucho clamaron ante los barones, pidieron naves para que los llevaran a Ancona; y unos mil partieron con autorización y sin permiso también más de mil. Se decretó entonces que ninguno osara abandonar el ejército. También de las hipagogas que los llevaban dos naufragaron. El ejército invernaó junto a Jadra. Los Venecianos derribaron los muros y casas de la ciudad desde sus cimientos, de manera que no quedaran en pie. Mientras las naves estuvieron en el puerto de Jadra, tres de los navíos grandes se hundieron.

En el día de la circuncisión llegó un enviado del rey Felipe con cartas suyas, rogando al marqués y a los barones que apoyaran en su gestión a su

cuñado el emperador Alejo. El marqués junto con todos los barones le prestó juramento. Cuando la gente supo esto, es decir que ellos debían ir a Grecia, se reunieron y puestos de acuerdo, juraron que ellos nunca habrían de ir allí. Por lo cual el abad de Vaux de Cernay y el señor Simón de Montfort y Enguerrando de Boyes se retiraron junto con una gran cantidad de soldados y otros, y al llegar a Hungría fueron acogidos honorablemente por el rey. El domingo de Ramos Reinaldo de Montmirail fue enviado en misión a Siria. El segundo domingo después de Pascua las naves comenzaron a salir de Jadra. Por entonces llegó de Alemania el emperador Alejo. Todas las villas, ciudades y castillos desde Ragusa hasta Corfú lo recibieron favorablemente. El ejército se congregó ante Corfú; en Pentecostés abandonó Corfú -allí murió Balduino, el hermano del conde de Flandes- y llegó felizmente a Constantinopla, y en su trayecto todas las islas se le sometieron.

En las Kalendas de julio las naves llegaron a Constantinopla y desembarcaron por la fuerza, oponiéndose el emperador con todo su ejército. El emperador huyó con los suyos al interior de la ciudad, nosotros la sitiámos. En el octavo día después del de los apóstoles Pedro y Pablo tomamos por la fuerza el fuerte que estaba en el puerto fuera de la ciudad y con dificultad escapó alguno de los que estaban en él. Los cruzados sitiaron la ciudad por tierra: los Griegos en varias ocasiones lucharon con ellos, y de ambas partes muchos cayeron muertos. Entre tanto los Venecianos devastaron la ciudad por mar con máquinas y catapultas y ballestas y arcos. También en esta lucha murieron muchos, tanto de los venecianos como de los Griegos. Entonces los venecianos levantaron sorprendentes escalas en sus naves, una en cada una, y adosándolas al muro penetraron por medio de esas mismas escalas, pusieron en fuga a los Griegos y prendieron fuego, e incendiaron y saquearon gran parte de la ciudad, y así pasaron todo aquel día. Al llegar la noche, el emperador después de haber reunido a todos cuantos pudo juntar, huyó furtivamente. Al día siguiente los Griegos se entregaron y también [entregaron] la ciudad en manos de los cruzados. Los cruzados, abiertas ya las puertas, entraron, y al llegar al palacio real, el cual es llamado Blaquernas, encontraron encadenado y encarcelado a Cursac, a quien su hermano había arrancado los ojos y allí encerrado. Liberaron a Cursac e impusieron la corona a su joven hijo Alejo. Por este gran favor Alejo juró, que durante un año entero alimentaría al ejército, tanto a los venecianos como a los cruzados. También juró, que si querían invernar en Constantinopla con él, él mismo al llegar el próximo marzo, partiría con ellos, después de haber recibido la cruz junto con todos cuantos él pudiera reunir. Con respecto a lo dicho ofreció garantías. De esta manera quedó restablecida la armonía entre Griegos y

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

Latinos. Sin embargo sucedió que en el octavo día de la Asunción de Santa María, se produjo una disputa entre Griegos y Latinos. De una y otra parte acudieron a las armas. El número de los Griegos creció; los Latinos se retiraron y, como de otro modo no podían defenderse, recurrieron al fuego. Visto esto muchos del ejército vinieron en auxilio de los Latinos y multiplicaron el fuego, y destruyeron y saquearon casi la mitad de la ciudad. Los barones interpusieron sus fuerzas y por segunda vez hicieron la paz. Sin embargo ninguno que proviniera del Imperio Romano, permanecería dentro de la ciudad, ni tampoco aquellos que todos los días de su vida habían habitado allí. Y de todos se hizo un solo ejército.

Entre tanto el nuevo emperador obligó a perseguir a su tío paterno, a quien él mismo ya había hecho huir de la ciudad, y reunió un gran ejército de Griegos. Además dio muchos regalos y sólidos, tanto a los jinetes como a los infantes de nuestro ejército, para que vinieran con él. También hasta el marqués marchó con él y el señor Enrique, hermano del conde de Flandes. Y así llegaron a Andrianópolis. Sin embargo como el emperador no cumpliera lo prometido al señor Enrique, éste, abandonándolo inmediatamente regresó al ejército y condujo consigo a muchos jinetes e infantes. El marqués permaneció con pocos cristianos junto al emperador. Así el emperador con sus Griegos y con aquellos Latinos que habían permanecido con él recorrió toda Grecia, y fue acogido y aprobado por la totalidad de los Griegos y todos los principales hombres de Grecia eso hicieron. Después de esto el emperador junto con todo su ejército regresa a Constantinopla y es recibido con gran honor, y aquello que había prometido a los cruzados y a los venecianos tanto en víveres como en oro y plata, demora en cumplir. Y al segundo día después del "Ad te levavi" sucedió que los Griegos se levantaron otra vez contra los Latinos dentro de Constantinopla. Acudieron los Griegos, insultaron a los Latinos, unas veces los hacen huir, otras huyen. Los barones del ejército latino se afligen a causa de esta desventura: prohíben que se preste auxilio a aquéllos, que tan temerariamente habían atacado a los Griegos. Así el número de los Griegos aumentó, caen sobre los Latinos, dan muerte sin misericordia a los que han capturado, queman a los muertos, y no respetan ni edad ni sexo. Alentados por esto los Griegos provocan nuevamente a los Latinos, atacan con sus botes y barquichuelos las naves de aquéllos. Los cruzados y los venecianos soportando difícilmente esto, aparejan las galeas y los barcos y embisten a los Griegos. Los Griegos huyen, los Latinos los persiguen hasta el muro de la ciudad, a muchos dan muerte, capturan en el puerto numerosas naves de los Griegos cargadas con gran cantidad de mercancías y vituallas. En el día de San Juan Evangelista los cruzados y los venecianos aparejan

nuevamente las galeas y los barcos y ya al comenzar el día se encuentran en el puerto ante Constantinopla, y nuevamente capturan gran número de naves; y así perecieron muchos. En el día de la circuncisión del Señor, durante el primer sueño los Griegos reunieron quince de sus naves, y las cargaron con leños cortados, con pez y aceite e incendiándolas y así ardiendo las dirigen hasta las naves de los venecianos, para destruirlas de este modo por el fuego. Una sola entre tantas naves ardió. Al día siguiente de Epifanía los Griegos salieron de la ciudad a caballo. El marqués con unos pocos de los suyos les salió al encuentro, muchos de los Griegos fueron muertos, y capturados algunos hombres importantes; de la facción del marqués mueren dos soldados y un escudero. Durante todo el transcurso de estas luchas los venecianos con los cruzados recorren una y otra ribera del Brazo con galeas y barcos y vuelven a apoderarse de un inmenso botín; incendian muchos edificios en ambas márgenes. Recorrieron durante dos días de marcha numerosos lugares de los alrededores; se apoderan de numerosas presas, capturan hombres, rebaños y majadas y todo lo que pueden hallar lo llevan consigo y ocasionan muchos daños a los Griegos. Al ver esto los Griegos, es decir que ellos y su tierra son destruidos, toman prisionero a su emperador y vuelven a encarcelarlo, y ponen al frente de ellos a Murzufles, el principal autor de esta gran traición, y lo invisten de gran autoridad y lo proclaman rey en el palacio de Blaquernas. Entre tanto la plebe común y el populacho de Santa Sofía se dan otro rey y eligen a Nicolás, apodado Macellario. Entonces Murzufles, habiendo concentrado todas sus tropas en la Iglesia de Santa Sofía, lo sintió y finalmente lo tomó y lo estranguló y logró reinar él solo.

Entre tanto el señor Enrique, hermano del conde, con muchos soldados, tanto jinetes como infantes, prosiguió hasta un campamento que es llamado Pilea y lo tomó y de allí se llevó un gran botín, tanto en hombres como en otras cosas. Cuando regresaba, Murzufles ya prevenido, le puso una celada en aquel lugar con quince mil hombres; y saliendo al encuentro luchó con aquél, y fue vencido, y muchísimos Griegos fueron muertos y el mismo Murzufles fue herido y pudo apenas huir, y estuvo escondido entre zarzas y perdió el caballo y todos los símbolos imperiales, es decir la corona y la lanza y una imagen de la gloriosa Virgen, que siempre solía preceder a los reyes en la guerra, toda de oro y piedras preciosas. Con esta victoria el señor Enrique regresó al ejército. También Murzufles durante la noche volvió a la ciudad, y sacando al emperador de la cárcel, lo estranguló con un lazo. Entre tanto el ejército es preparado para atacar la ciudad y todos se embarcaron con todos sus pertrechos para invadir la ciudad con las naves. En el sexto día antes de la Pasión del Señor, que fue el quinto antes de los Idus de abril, conducen las

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

naves contra los muros, y efectúan el asalto, y muchos, tanto de los nuestros como de los griegos, son muertos. Pero como el viento nos era desfavorable, el cual nos alejaba de los muros, retrocediendo entramos en el puerto en el cual anteriormente estuvimos y esperamos la llegada del Bóreas. Comenzó a soplar el Bóreas en la víspera de los Idus de abril; nosotros acercamos nuevamente las naves contra los muros y combatimos con los Griegos y los expulsamos de sus muros y entramos en la ciudad; hubo mucha matanza de Griegos. Como éstos nos perseguían de cerca sin detenerse prendimos fuego y por medio del fuego los rechazamos. Al llegar la noche Murzufles huyó con unos pocos. Al día siguiente todos los Griegos cayeron a los pies del marqués, y ellos se entregaron y también todas sus cosas pusieron en sus manos. Entonces nos instalamos y los Griegos huyeron de la ciudad. Pusimos en común todo el botín y nuestras ganancias y llenamos tres torres muy grandes con plata. Entonces comenzó a considerarse acerca de la designación de un emperador. Fueron nombrados seis de nuestra parte, y seis de parte de los venecianos, a quienes les fue otorgada potestad para elegir emperador. Estos reuniéndose en el octavo día de Pascua, en presencia de toda nuestra gente y de los venecianos, eligen y nombran emperador a Balduino conde de Flandes, quien fue aprobado por el ejército, y fue coronado el domingo siguiente en el cual se canta el Jubilate. Al mismo tiempo los Venecianos ocuparon la Iglesia de Santa Sofía diciendo: "el Imperio es vuestro, nosotros tenemos el patriarcado". Se produjo el cisma entre nuestro clero y los venecianos; nuestro clero apeló y reservó para el Papa la ordenación en la Iglesia de Santa Sofía. Entre tanto comenzaron a repartir los bienes y a entregar como adelanto, veinte marcos a cada soldado, diez marcos a cada clérigo y a cada [escudero] y cinco marcos a cada infante.

3. LA CRUZADA DE 1204 SEGÚN LA CRÓNICA DE NOVGOROD²²

Año 6712 (1204). Alejo se apoderó de Constantinopla durante el reinado de su hermano Isaac a quien el mismo basileus cegó para librarse de él. También aprisionó a su hijo rodeándolo de altas murallas y destacó centinelas con el propósito de que nadie pudiese verlo. Más tarde Isaac se atrevió a pedir clemencia para el príncipe, y dirigiéndose con súplicas a su hermano, lo instó a que lo pusiera en libertad.

Cuando él y su hijo le prometieron que nunca intentarían apoderarse del Imperio, el isácida fue liberado y podía ir por donde quisiera, pues creyendo el emperador Alejo que tanto su hermano como su sobrino cumplirían el juramento, nadie lo vigilaba. Pero más tarde Isaac meditó y ansioso por recuperar el poder, envió secretamente un nuncio ante su hijo, para que le dijese de su parte: "Yo beneficié a mi hermano Alejo a quien rescaté de los paganos, pero él recompensó mis beneficios con maldades, pues me cegó y ocupa mi Imperio". Persuadido por tales razones, Alejo pensó cómo podría evadirse de la ciudad y llegar a los confines desde donde buscaría el medio de apoderarse del Imperio. Una nave lo condujo escondido en un tonel de tres fondos: uno extremo, luego aquel en el que fue colocado el hijo de Isaac, y el superior lleno de agua cuya salida impedían los taponés de que estaba provisto. De otro modo Alejo no hubiera podido salir de la ciudad. Tal la forma como logró abandonar la tierra griega.

Cuando el emperador tuvo conocimiento de esto, ordenó que lo buscaran por diversos lugares; y también inspeccionaron la nave en la que Alejo estaba escondido. Penetraron en ella, escudriñaron todos los sitios y extrajeron los taponés de los toneles. Pero al ver que fluía agua, se fueron sin encontrarlo. Así huyó el hijo de Isaac y llegó ante Felipe, el emperador de los germanos, marido de su hermana. Felipe lo envió a que consultara con el Papa si habría de llevar la guerra a Constantinopla. Y el isácida dijo: "Toda la ciudad quiere que sea yo el emperador". El Papa contestó a los francos: "Si es así lo restauraréis en el solio y luego iréis a Jerusalén a fin de auxiliar a la Tierra Santa. Pero en el caso de que no quisieran recibirlo, regresaréis sin dañar la tierra de los griegos". Como los francos y todos los caudillos estaban

²² En: DE MUNDO LO, S., "La Cuarta Cruzada según el cronista Novgorodense", en: *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1950, Buenos Aires, pp. 136-141. Esta es la única edición en castellano que existe, tal como confirma Patri, S., "La relation russe de la quatrième croisade", en: *Byzantion*, LVIII, 1988, 1

ansiosos por recibir el oro y la plata que el hijo de Isaac había prometido darles, enseguida olvidaron los preceptos del Papa y del emperador. En la primera ocasión las naves se pusieron en marcha; rotas las cadenas de hierro penetraron en la ciudad y prendieron fuego a los edificios en cuatro zonas distintas.

Cuando el emperador vio las llamas, olvidando la pugna contra su hermano Isaac, a quien él mismo había cegado, lo hizo traer a su presencia y lo instaló en el solio diciéndole: "Perdóname el daño que te hice, hermano mío. ¡He aquí tu Imperio!" Hecho esto, huyó de la ciudad". En verdad la urbe y las iglesias de increíble belleza, cuyo número no podríamos determinar, fueron quemadas, y todo el paramento de Santa Sofía consumido, y el pórtico en el que estaban representados los patriarcas, y el hipódromo; el fuego llegó hasta el mar devorando todas las cosas junto con las mismas naves. Ayudado por los francos, el hijo de Isaac persiguió a Alejo pero sin alcanzarlo; y habiendo regresado a la ciudad destronó a su padre y se erigió, él mismo, emperador. "Tú estás ciego, ¿cómo podrías regir el Imperio? Yo soy emperador". Entonces el basileus Isaac enfermó apenado por la expoliación que sufriría la ciudad, el Imperio y los monasterios, si se entregaba a los francos el oro y la plata prometidos, y habiéndose hecho monje, terminó su vida. Muerto Isaac, el pueblo se rebeló contra su hijo a causa del saqueo de los monasterios y del incendio de la ciudad; el populacho conjuró y abandonó a Alejo. Varones probos deliberaron juntamente con el pueblo acerca de quién habría de ser elegido emperador. Y unánimemente delegaron el poder en Constantino Radino¹². Pero éste, no queriendo aceptar el cetro, se ocultó a los peticionarios y vistió la cogulla. Su mujer fue conducida a Santa Sofía y una y otra vez le rogaban: "Dinos dónde está tu marido". Pero no pronunció ni una palabra acerca de él. A causa de esto eligieron emperador a cierto soldado Nicolás (Canabo), a quien impusieron la corona en ausencia del patriarca, y permanecieron con él seis días y seis noches en Santa Sofía. El emperador Alejo dirigió a los francos hacia Blaquernas y trató de introducirlos en él sin que los grandes lo notasen. Pero descubierto, ellos lo detuvieron y no permitiéndole que introdujese a los francos le dijeron: "Nosotros iremos contigo". Pero como temían que los francos entrasen, los magnates conjuraron y traicionando al emperador Alejo, confirieron la corona a Murzuflo. En seguida el hijo de Isaac ordenó aprisionar a Murzuflo y lo obligó a jurar que mientras él reinase, no intentaría asumir el poder, sino por el contrario, lo ayudaría a conservarlo para sí. Pero Murzuflo envió nuncios ante Nicolás y sus hombres congregados en Santa Sofía. "Yo he sido aprisionado por el hijo de Isaac y soy vuestro emperador" -les dijo. "Pero si Nicolás depusiese la

corona, sería príncipe entre mis grandes". Entonces Nicolás renunció a la corona, pero sus acompañantes no se lo permitieron y juraron que quien se apartara de él, habría de ser detestado. Y aquel día, cuando todos se dispersaron en espera de la noche, Murzuflo aprisionó a Nicolás y a su mujer y los puso bajo custodia. Cuando habiendo prendido también a Alejo, lo encerró, Murzuflo se erigió emperador el día 5 del mes de febrero, esperándose de él que sometiera a los francos. Enterados éstos de que el hijo de Isaac había sido despojado del Imperio, combatieron en todo el ámbito de la ciudad y exhortaron a Murzuflo: "Entrégnanos al hijo de Isaac y regresaremos a Germania, junto a nuestro emperador, pues hemos venido aquí obligados por la necesidad. Si así lo haces, tuyo será el Imperio". Pero ni Murzuflo, ni los grandes, entregaron vivo a Alejo. Y muerto el Isácida dijeron: "Él murió, venid y ved". Entonces los francos irritados a causa de que Murzuflo no había tenido en cuenta para nada su pedido, examinaron las prescripciones del emperador de los germanos y del Papa romano acerca de no dañar de ninguna manera a Constantinopla. Y de este modo discurren entre sí: "Perdimos al hijo de Isaac con quien habíamos venido; por lo tanto, debemos perecer frente a Constantinopla antes que volver deshonorados". Nuevamente comenzaron a prepararse para atacar la ciudad (como ya antes lo habían hecho) y determinaron insertar las vergas en las naves para sujetar las escalas. En otras naves colocaron toneles con azufre y viruta que arrojaban ardiendo sobre los edificios. De esta manera la ciudad fue incendiada, como ya lo había sido con anterioridad.

El viernes 9 de abril, quinta semana de ayuno, atacaron la ciudad y aunque no lograron apoderarse de ella, alrededor de cien griegos fueron muertos por los francos. Estos permanecieron allí durante tres días continuos hasta que el lunes, al iniciarse la semana de palmas, nuevamente atacaron la ciudad. A la salida del sol se hallaban a la vista de la iglesia del Santo Redemptor, a la cual llaman τὸ Ἐνεργητοῦ y del Ispigarum de Blaquernas. Entonces se dirigieron a la ciudad con cuarenta naves amarradas las unas a las otras; en ellas hombres provistos de toda clase de armas montaban caballos lorigados, en tanto que otros vigilaban en las popas a fin de que la escuadra no fuese incendiada. Ya antes, el día de San Basilio, los griegos habían enviado a medianoche diez navichuelas igníferas contra la escuadra de los francos, pero no la destruyeron. Y anticipándose al ataque contra la escuadra de los francos, el hijo de Isaac había advertido a éstos que aquellas navichuelas en modo alguno los dañarían.

He aquí cómo fue conquistada la gran Constantinopla. El viento impulsó hacia la ciudad la nave provista de pequeñas y grandes escalas que

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

igualaban en altitud las almenas de los muros. Desde las altas escalas los francos arrojaron piedras, flechas y viruta ignescente sobre los griegos y varangos que estaban en la ciudad y valiéndose de las más bajas aterraron sobre Bizancio y así la tomaron. Murzuflo exhortaba a los caudillos y a todos sus hombres a que peleasen con los francos, pero en lugar de obedecerlo, huían. El emperador los siguió y habiéndolos alcanzado en el foro equino, quejóse amargamente de sus príncipes y de toda su gente. Luego abandonó la ciudad y con él fugaron el patriarca y todos los notables, El lunes 12 de abril, aniversario de San Basilio confesor, habiendo penetrado en la ciudad del universo la totalidad de los francos, acamparon en el lugar que antes había ocupado el emperador de los griegos, junto al Santísimo Redemptor, donde también pernoctaron. Con el día, a la salida del sol, invadieron Santa Sofía y utilizando las puertas que habían arrancado, destruyeron el púlpito sacerdotal adornado con plata, y doce columnas argénteas; cuatro celdas, cuyas paredes estaban decoradas con imágenes, fueron arruinadas, y el altar y las doce cruces que estaban sobre él, así como tenebrarios más altos que un hombre y los sostenes del ara asentados en medio de las columnas, todo ello fabricado en plata. Arrebataron también la magnífica mesa .engalanada con gemas y grandes perlas; tales las acciones que insensatos cometieron. Luego destrozaron cuarenta cálices que estaban en el altar y candelabros de plata de los cuales había tal cantidad, que no podríamos enumerarlos, y vasos argénteos usados por los griegos en los días de sus festividades magnas. Se llevaron el Evangelio que se empleaba habitualmente en los oficios y sagradas cruces e imágenes singulares y el tapete que estaba bajo la mesa y cuarenta incensarios de oro puro; y fue tanto todo lo que encontraron de oro y plata, excepto vasos inestimables que estaban en los armarios, paredes y nichos, que no podríamos enumerarlos. No digo tales cosas sólo con respecto a la iglesia de Santa Sofía porque también cometieron depredaciones en la iglesia de Santa María, en Blaquernas, hasta la cual todos los viernes desciende el Espíritu Santo. Ninguno podría mencionar las restantes iglesias por ser innumerables. Dios valiéndose de la piedad de los hombres buenos, conservó la mirífica Hodegetria (es decir, la que guía por la ciudad) y el edificio de Santa María, y confiamos que hayan sido conservados hasta estos días. Saquearon todos los otros edificios y monasterios, tanto dentro como fuera de la ciudad, cuyo número y belleza nos sería imposible describir; despojaron a los monjes, religiosas y presbíteros matando a algunos de ellos y expulsaron a los griegos y varangos que permanecieron en la ciudad.

He aquí la nómina de quienes dirigieron a los francos: primero Marquio (Markos) romano, oriundo de la ciudad de Verona, en la cual vivió

otrora el cruel Teodorico, el pagano; segundo, el conde de Flandes²² y tercero el dux ciego de la isla de San Marcos, de los venecianos, privado de la vista por el emperador Manuel. Muchos sapientes rogaron al emperador diciéndole: Si dejas sano a este dux, graves males sobrevendrán para tu Imperio. Entonces el emperador ordenó que en lugar de matarlo, lo cegaran con un vidrio. Y aunque no le fueron vaciados los ojos, no distinguía nada. Este dux dirigió la gran guerra contra la ciudad, y todos se sometieron a él, ya que fueron sus naves las que se apoderaron de ella. Los francos atacaron a Constantinopla desde diciembre hasta abril, mes en que la ciudad fue conquistada. El 9 de mayo los notables eligieron al conde de Flandes emperador latino y se repartieron el poder entre sí: la ciudad para el emperador, el sumo tribunal para el marqués, abundantes diezmos para el dux. Así feneció el imperio de la ciudad de Constantino, custodiado por Dios; (θεσπροβλήτου) la tierra de los griegos dejó de estar entre los reinos y los francos se apoderaron de ella.

4. EL HISTORIADOR NIKETAS CHONIATES HUYE DE CONSTANTINOPLA CON SU FAMILIA EN 1204²³

Conmigo compartió mi hogar cierto conocido mío, veneciano de nacimiento, pues merecía protección y, con él, su doncella y su esposa fueron resguardadas de daños físicos. Demostró sernos de ayuda en aquellos tumultuosos tiempos. Tras vestirse su armadura y convertirse de mercader en soldado, se hizo pasar por un compañero de armas y, hablando con ellos en su propia lengua bárbara, defendió que había ocupado la vivienda primero. Así ahuyentó a los expoliadores. Pero continuaron llegando en grandes oleadas y al fin desesperó de oponerse a ellos, sobre todo a los franceses, que no eran como los demás en temperamento o fuerza física y se jactaban de mostrar sólo temor al cielo. Como quiera que le fue imposible deshacerse de ellos, nos animó a escapar...

Partimos poco después, arrastrados de la mano como si hubiéramos sido asignados a él como cautivos de su lanza, y abatidos y descompuestos conocimos el camino de la huida... Los sirvientes se dispersaron en todas direcciones abandonándonos inhumanamente, pues nos vimos forzados a acarrear sobre los hombros a niños que no podían caminar y a sostener en las

²³ De: Harry Magoulias (tr.), *O City of Byzantium, The Annals of Niketas Choniates* (Detroit, Wayne State University Press, 1984), pp. 323-25, en: *Miscelánea Medieval*, Selección y Edición de J. Herrin, Grijalbo, 2000 (1999), Barcelona, pp. 196-197.

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

manos a un infante de pecho, y de esta suerte proseguimos la fuga por las calles.

Después de permanecer en la ciudad durante cinco días tras su caída, marchamos [el 17 de abril de 1204]. Era sábado, y lo que había sucedido no era un acontecimiento carente de sentido, en mi opinión, una circunstancia fortuita o una coincidencia, sino la voluntad de Dios. El día era tormentoso e invernal... A la altura de la iglesia del noble mártir Mokios, un bárbaro libertino y vil agarró delante de nuestros ojos, cual el lobo apresa al cordero, a una doncella de finas trenzas, joven hija de un juez. Ante el penoso espectáculo, toda nuestra compañía dio un grito de alarma. El padre de la muchacha, achacoso por los años y por la enfermedad, se tambaleó y cayó en un charco, quedando tendido de costado mientras gemía y se golpeaba contra el lodo; volviéndose a mí con inefable indefensión... me pidió que hiciera lo posible por liberar a su hija. Al punto retrocedí en pos de los pasos del malvado; con lágrimas en los ojos grité contra el secuestro, y convencí con gestos de súplica a las tropas que pasaban, que no eran completamente ignorantes de nuestro idioma, para que acudieran en mi ayuda, llevando incluso a algunos de la mano...

Cuando llegamos a los aposentos del vil mujeriego, éste ordenó a la muchacha que se ocultara dentro mientras él permanecía en el umbral presto a rechazar a los oponentes. Señalándole, dije: "Éste es el felón, que a plena luz del día ha desobedecido las órdenes de vuestros jefes bien nacidos... Este hombre se ha burlado de vuestros mandatos ante muchos testigos y no teme desafiar como un asno salaz el suspiro de virtuosas doncellas. Defended, pues, a los que protegen vuestras leyes y han sido puestos a vuestro cargo...".

Con tales argumentos desperté las simpatías de estos hombres, que insistieron en la liberación de la muchacha. Al principio, el bárbaro mostró desprecio, pues era presa de las dos pasiones más tiránicas, la lujuria y la ira. Mas al ver que los hombres se enfurecían en su rabia y le amenazaban con colgarle de una estaca como a hombre de baja ralea, injusto y vergonzante... se rindió, aun reacio, y entregó a la muchacha. El padre se alegró sobremanera al recuperar a su hija, derramando lágrimas como libaciones de Dios por haberla salvado de esta unión no ungida por las arras del matrimonio y los himnos de boda. Al cabo, se levantó y continuó camino con nosotros.

5. EL SAQUEO DE CONSTANTINOPLA POR LOS CRUZADOS²⁴

Igual que este palacio se rindió al marqués Bonifacio de Monferrato, el de las Blaquernas se rindió a Enrique, hermano del conde Balduino de Flandes, salvando igualmente las vidas de los que estaban dentro. También allí fue encontrado un tesoro muy grande, no menor que el de Bucoleón. Cada uno llenó con sus gentes el castillo que le fue entregado e hizo custodiar el tesoro; y las otras gentes que estaban dispersas por la ciudad hicieron también gran botín; y el botín fue tan grande que nadie os podría hacer la cuenta: oro y plata, vajillas, piedras preciosas, satenes, vestidos de seda, capas de cibelina, de gris y de armiño y toda clase de objetos preciosos como nunca se encontraron en la tierra. Godofredo, mariscal de Champagne, da testimonio según la verdad y en su conciencia que, desde que el mundo fue creado, nunca se hizo tanto botín en una ciudad.

6. EL IMPERIO DE BIZANCIO EN MANOS DE LOS OCCIDENTALES (1204)²⁵

[...] El botín de Constantinopla fue repartido tal y como habéis oído.

Entonces, se reunieron todos en una asamblea y el común del ejército declaró su voluntad de elevar a un emperador, tal y como se había convenido. Se habló tanto que hubo que proseguir otro día; en él fueron elegidas las doce personas a quienes incumbía la elección. No se pudo evitar, que para tan alta dignidad como el imperio de Constantinopla, hubiera muchos aspirantes. Pero la gran discordia fue a causa del conde Balduino de Flandes y Hainaut y el marqués Bonifacio de Montferrato. Todo el mundo decía que uno de estos dos sería emperador [...].

El consejo duró hasta que se llegó a un acuerdo. Encargaron la labor de portavoz de la concordia a Nevelón, obispo de Soissons, que era uno de los doce, y salieron allá donde estaban todos los barones y el dux de Venecia. Ahora bien, podéis saber que fueron observados por mucha gente que quería

²⁴ Villehardouin, *La Conquête de Constantinople*, 250, Ed. de E. Faral, Les Belles Lettres, 5^{ème} Tirage, Les Belles Lettres, 1973, Paris, vol. 2, p. 53.

²⁵ Geoffroi de Villehardouin, *La conquete de Constantinople*, en: *Historiens et chroniqueurs du Moyen Age*, Paris, Éd. Gallimard, La Pléiade, pp. 148-149, cit. en: Mitre, E., *Textos y Documentos de época Medieval*, Ariel, Nueva Ed. Revisada, 1998 (1992), Barcelona, p. 114.

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

saber el resultado de la elección. El obispo les expuso las cosas y les dijo: "Señores, nos hemos puesto de acuerdo, a Dios gracias, para nombrar emperador; y todos vosotros habéis jurado que al que eligiéramos como emperador le tendríais por tal y, si alguno quería oponérsele, le prestaríais ayuda. Le nombraremos en esta hora: el conde Balduino de Flandes y de Hainaut."

Un grito de alegría se elevó en el palacio y le condujeron a la Iglesia. El marqués de Montferrato le condujo, por su parte, -el primero a la Iglesia y le rindió los debidos honores. Así fue elegido emperador el conde Balduino de Flandes y Hainaut y el día de su coronación se fijó para tres semanas después de Pascua.

7. BALDUINO, EMPERADOR LATINO DE CONSTANTINOPLA²⁶

Y tras decidirlo así como lo digo,
reuniéronse en consejo para nombrar al emperador.
Eligieron a doce nobles, dignos, prudentísimos;
seis eran prelados y seis barones;
pactos jurados hicieron de elegir emperador
con confianza en Dios, sin doblez ni engaño.

Entraron en una celda y allí los encerraron
hasta que eligieran al emperador de Constantinopla.
Mucho disputaron entre ellos con palabras
porque no concordaban para hacer emperador:
pues unos declaraban con alabanza grande
al dogo de Venecia, prudente y diestro,
y decían que era digno de ser emperador.
Y por la mucha discordia que tenían entre ellos,
vino uno y díjolo al dogo de Venecia.

Y éste, como muy sensato y diestro en todo,
fue luego hacia aquellos doce prudentes.
Llamó a la puerta con la punta de los dedos por que le oyesen
y dijo así entre ellos: -Señores, oíd.
Dióme aviso uno, pues llegóse y me lo trajo,

²⁶ *Crónica de Morea*, vv. 920 y ss., Trad. de J.M. Egea, Colección Nueva Roma – Biblioteca Graeca et Latina Aevi Posteriores, 2, CSIC, 1996, Madrid, pp. 49 y s.

de que algunos de vosotros, debido a su bondad,
como nobles y prudentes, dicen lo que desean
y exponen razones sobre mí para el trono,
diciendo que digno soy de ser emperador de Constantinopla.
Pues bien, yo como a prudentes amigos y hermanos míos
mucho se lo agradezco; que Dios les recompense
por lo que han dicho y dicen de mí, hermano suyo.
Pero yo, por la gracia y gloria de Dios,
no encuentro en mí, en mí mismo digo,
tanta imprudencia como para no reconocer
que hombres hay en la comuna de Venecia
de gran entendimiento en armas, como en otros sitios;
mas ninguno llegó en sus días a tanta gloria
como para llevar la corona imperial.
Y así os pido, como amigos y hermanos míos,
que terminéis la controversia, disputa y discusiones
y, de cuantos hablasteis por que fuera yo emperador,
tomo yo las palabras y voces que dijeron
y pongo sobre ellas también la mía propia;
unámoslas con las de los demás para hacer juntos
los doce la elección, y la designación se cumpla.
Hagamos emperador al conde Balduino
que es señor natural, señor de Flandes,
porque es digno y de noble linaje, bueno para todos
y honrado para ser emperador entre todos los de la hueste.

Oyendo estas cosas los doce que os relato,
elegidos todos para designar emperador,
accedieron entonces y todos asintieron;
levantáronse de donde se reunieran,
fueron al palacio del emperador
e hicieron reunir todos los de la hueste
por oír la respuesta que dieran y acordaran,
la elección del emperador, quién debía serlo.
Y de que se reunieron todos los de la hueste
en aquel espléndido palacio del emperador,
uno de los doce, el más prudente de ellos,
tomó la palabra y declaró lo hecho:
que, con temor de Dios y cuidado grande,
eligieron al conde de Flandes para emperador y rey

José Marín, La Cuarta Cruzada (1204). Una herida abierta

de Constantinopla y del Imperio de toda la Romania.

Oyéndolo todos, grandes y pequeños,
los ricos y de noble linaje, el pueblo y la hueste,
mostraron complacencia y agrado grande y confirmáronlo,
que el conde Balduino fuera emperador.

Trajeron la corona y manto del emperador
y lo coronaron e invistieron como emperador, te digo,
y lo proclamaron y glorificaron, cual conviene y cuadra.

THE FOURTH CRUSADE (1204). AN OPEN WOUND

In this article the author analyzes the topic of the 4th Crusade and its role in the definitive separation between the east and the west Christianities. It was the Crusade of 1204 the responsible for the definitive schism and it accelerated the decline of the Byzantine Empire. At the same time, the traumatism caused by the attitude of the crusaders and the Greek frustration, create a new sentiment into the hellenic world, a "Byzantine patriotism", marked by the antilatin hate and the dreams of restoration of the Empire. A documental appendix is included.